

amanecer



AMANE CER

Yaneth Anzola

Paula Andrea Blanco

Yuly Tatiana Donoso Martínez

Ana María Fajardo

Yasmín Lorena Pineda



Juliana Hernández De La Torre
Directora Ejecutiva Artemisas

María Fernanda de la Ossa
Coordinadora general del proyecto

Catalina López
Profesional de Proyectos

María Helena Hernández
Community Manager

Ximena Torres
Gerente Programática
Fundación Avina

Jadira Vivanco
Coordinadora regional
Iniciativa Regional para el Reciclaje Inclusivo
Fundación Avina

Catalina Ospina Espitia
Consultora Colombia y Centroamérica
Programa Reciclaje Inclusivo
Fundación Avina

Yasmín Pineda
Enlace Asoactiva

Gloria Susana Esquivel
Coordinación del taller de creación
Maestría de Escrituras Creativas del Instituto Caro y Cuervo

Talleristas
Vanessa Méndez
Christian Rincón

Escritoras
Yaneth Anzola
Paula Blanco
Tatiana Donoso
Ana María Fajardo
Yasmín Pineda

Corrección de Estilo
Gloria Susana Esquivel

Diseño gráfico e impresión
Relámpago

Agradecimientos
IDARTES
Relámpago

© las autoras



Citi Foundation



Los textos que hacen parte de *Amanecer* fueron escritos por cinco mujeres recicladoras que trabajan en la ciudad de Bogotá. Yaneth Anzola, Ana María Fajardo, Tatiana Donoso, Yazmín Pineda y Paula Andrea Blanco participaron en talleres de escritura impartidos por la Maestría de Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo, bajo la coordinación de Gloria Susana Esquivel, en alianza con Organización Artemisas, bajo la coordinación de María Fernanda de la Ossa. Las cinco mujeres trabajaron de la mano de dos estudiantes del Instituto, Vanessa Méndez y Christian Rincón, para poder darle forma a sus historias de vida.

El reciclaje es una actividad de la cual se vive al día. Por esta razón, estas mujeres decidieron titular este libro como *Amanecer*. No sólo porque es una palabra que refleja de la manera en la que viven, un día a la vez, buscando encontrar material que se prueba aprovechar, sino también porque revela que, en cada día, en cada nuevo sol, hay una nueva oportunidad. El objetivo de esta publicación es dar a conocer la realidad de las mujeres recicladoras desde su propia voz. Estos testimonios escritos buscan desestigmatizar a esta población y hacer que los lectores y las lectoras entiendan que el reciclaje es una labor fundamental, sobre todo en tiempos de emergencia climática.

Como ellas mismas lo dicen:

¡RECICLAJE SIN
RECICLADORAS ES
BASURA!

YANETH ANZOLA

Soy Yaneth Anzola, tengo 45 años, nací en Bogotá y hago parte de una familia de recicladores. Los Anzola somos muchos en el reciclaje y, desde pequeña, he tenido formación en este oficio. Mi padre tiene 80 años y sigue reciclando.

Mi hermano mayor, Carlos Anzola, creó un carro de madera con el que empezó a reciclar en 1991. En ese momento empecé a conocer los materiales reciclables y a entender el propósito de esta labor. Antes de ir al colegio a hacer el bachillerato iba y le ayudaba a seleccionar los materiales. Así aprendí a separar basuras.

Recuerdo también que los fines de semana arreglaba y empacaba el papel blanco, conocido como *archivo*, y así pasé mucho tiempo. Era una labor que compartíamos todos en familia: reciclábamos para ayudarnos. Esto me enseñó a valorar mucho más el grado 11 porque mis papás me dieron estudio gracias al reciclaje. Todos trabajábamos para poder sobrevivir porque en Colombia no se vive, se sobrevive.

Años después de aprender la labor del reciclaje intenté trabajar como impulsadora y lo logré. Pero, irónicamente, a mis 25 años ya no pude seguir trabajando en ello porque la empresa en la que trabajaba necesitaba personas menores de esa edad. Yo ya era vieja para ellos, entonces no les servía. Decidí volver al reciclaje y trabajé en la bodega de mi hermano seleccionando y limpiando el material: plástico, vidrio, papel cartón, entre otros.

Así mismo, le quitaba las etiquetas y tapas a las botellas plásticas. Este proceso se conoce como *beneficiar el material* y también aprendí a seleccionar los metales. Más tarde, intenté nuevamente trabajar en otra cosa. Entonces entré a un almacén a trabajar como

vendedora, pero los horarios eran demasiado intensos y no tenía quién me cuidara a mis hijas. Volví al reciclaje, que siempre me recibía con los brazos abiertos. Tuve tan buena suerte que pude trabajar en el terminal Aerorepública, en el Aeropuerto Internacional el Dorado. Allí trabajaba ocho horas en la mañana, y toda la tarde y noche podía estar con mis hijas.

En el Aeropuerto tomé clases y me capacitaron en diversos materiales que no conocía. Aprendí a hacer pruebas con ellos y mi horario era de cuatro de la mañana a doce del día. Trabajé allí por casi 11 años pero, desgraciadamente, un empresario con apellido Uribe me quitó el trabajo y quedé nuevamente desempleada.

Más tarde quise estudiar belleza y, a pesar de intentarlo, la economía no me permitió pagarme el estudio. Entonces mi papá me ayudó a construir un carro de madera llamado *zorro* y con él empecé a caminar por diferentes calles reciclando. Yo recuerdo que visitaba muchos barrios de la ciudad como Class Roma, Carvajal, Venecia, Villa Rica, Olarte, Metrovivienda, entre otros. Luego empecé a ocuparme de los shut de basura de los conjuntos residenciales. Es un trabajo muy pesado porque debo llevar la zorra desde el conjunto hasta la recicladora que me compra todo el material.

En este trabajo constantemente se sufre desilusión porque a veces los conjuntos reciclan y venden para su beneficio. Además, la mayoría de basura es orgánica, por ejemplo cáscaras de frutas, restos de verduras y vegetales, cáscaras de huevo, leche en mal estado, etc. Por otro lado, uno está expuesto al sol y a la lluvia, lo cual genera dolores de cabeza. Yo trabajo con guantes todo el día y luego me lavo las manos. Esto me ha producido artritis. La gente no ve eso, pero es un oficio de mucho sacrificio.

Fui madre a los 19 años. Como producto de una violación nació mi hija mayor, Alejandra, que en la actualidad tiene 26 años. Mi vida desde entonces no fue la misma. Mis otras dos hijas: Luciana y Paula tienen 24 y 15 años.

Con el pasar del tiempo quise casarme porque yo era la única madre soltera y eso me marcaba y me hacía sentir mal. Pero la realidad es que tuve un muy mal matrimonio. Por tonta e ingenua permití muchos golpes y humillaciones. Me separé porque el matrimonio me causó muchas heridas y dolores.

Sin embargo disfruto mi rol de madre. Soy feliz con mis hijas y me siento orgullosa de ellas. Las amo y son todo para mí. Yo soy exigente, las regaño y aconsejo, pero también lloro y río con ellas. Siempre luchamos juntas y, gracias al reciclaje, las he podido sacar adelante.

Me ha tocado aprender de la vida y volverme fuerte. Cuando tengo que luchar por mi trabajo lo hago. En este trabajo también debo hacerle entender a la gente que, por más recicladora que pueda ser, soy persona, soy un ser humano y soy mujer. Soy educada y respetuosa con quien lo es conmigo. Es triste que muchas personas piensen que los recicladores somos delincuentes o ladrones. No ven la importancia que tenemos en la sociedad, en los residuos que botan a la basura y que no saben separar. Se les olvida que nosotros contribuimos con el medio ambiente.

Yo no soy ladrona, ni viciosa. Tengo valores y merezco respeto. Soy partidaria de que se reivindique la labor del reciclador, que se le respete y se le dé importancia porque no todos son viciosos, no todos viven en la calle.

En lo que me queda de vida quiero seguir trabajando por mi sueño de comprar una casa para mis hijas y para mí.

PAULA ANDREA BLANCO

Me llamo Paula Andrea Blanco Anzola. Nací el 7 de julio del 2005, en el barrio Kennedy – Socorro de Bogotá. Tengo 15 años.

Cuando yo era pequeña mi mamá, Yaneth Anzola, no tenía con quién dejarme porque mis hermanas estudiaban y mi papá trabajaba. Entonces me llevaba con ella al barrio Amparo, en Bogotá, en donde ella reciclaba. Desde muy pequeña la observé mientras reciclaba y así fui aprendiendo de esta labor.

Mi mamá me enseñó y aprendí a seleccionar el material y a limpiarlo. Hay gente que bota mucha ropa y en muy buen estado, entonces recuerdo que siempre mi mamá la escogía y me la llevaba a la casa. Es decir, la mayoría de ropa que tengo es porque mi mamá se la ha encontrado reciclando y la separa para mí.

Actualmente, además de estudiar en el colegio, me gusta acompañar a mi mamá a su trabajo y verla reciclar. Me entristece que la mayoría de personas discriminan este oficio porque piensan que están buscando basura o que las van a robar. Se olvidan de la importancia que las recicladoras tienen para la sociedad, porque mucha gente no recicla, ni siquiera sabe cómo hacerlo.

La historia de mi familia:

Desde que tengo uso de razón tengo mala relación con mi familia por parte de papá. Nunca me han querido y no sé por qué. Cuando mis papás iban y me dejaban en la casa de mi abuelita, siempre me hacían llorar por cualquier cosa. Mi tía y mi abuela me trataban como si fuera lo peor y me decían que era una grosera. A mi prima siempre le daban lo mejor. Una vez le dieron un PlayStation y a mí me miraron y me regalaron un paquete de moñas. Ese día me sentí muy mal.

Después de un tiempo mis papás se separaron y yo me quedé con mi mamá. Pero cuando cumplí los 12 años quise vivir con mi papá. Por diversas razones, regresé de nuevo a vivir con mi mamá. Mi relación con mi papá es muy fuerte y sólida. Siempre he estado con él y lo considero mi mejor amigo, tengo muy bellos recuerdos de él y siento que no me ha faltado amor y apoyo por parte de él ni de mi mamá.

Con el paso del tiempo he aprendido a sobrellevar mejor mis relaciones familiares y, a pesar de que las situaciones familiares marcan y afectan, me estoy esforzando por superar todas estas dificultades y volverme mucho más fuerte. Creo que esto hace parte del proceso de la vida y nos enseña a madurar y a ser resilientes.

Admiro profundamente a mi mamá. Ella es una guerrera porque se levanta a la una de la mañana para irse a reciclar, da todo su esfuerzo para que nunca me falte nada y me siento muy orgullosa de ella. Me duele cuando en ocasiones ella pasa por el lado de las personas y piensan que mi mamá las va a robar, solo por la forma en la que se viste para su trabajo o porque la ven reciclando. Mi mamá es un pilar y un ejemplo de valentía y de fuerza.

El reciclaje como tradición familiar:

Desde que nací he estado inmersa en esta labor y tradición familiar del reciclaje. Al igual que mi mamá, mi papá recicló durante un tiempo, pero desde hace diez años trabaja con la elaboración de diversos elementos en fibra de vidrio como lavamanos, mesones, etc.

He aprendido que el reciclaje es un acto de suma importancia para la sociedad, porque permite la reutilización de elementos y de objetos de distinto tipo, que, de otro modo, serían desechados. Esto contribuiría a una mayor formación de basura y, en última instancia, se generaría más daño al planeta. Si la sociedad no tuviera recicladores, la Tierra estaría en peores condiciones porque no habría quién les diera manejo a las basuras de forma inteligente, sostenible y ordenada.

Me gusta pasar tiempo con mis papás. Me encanta salir con mi mamá y me gusta aprender y ayudarle a escoger el material. He aprendido mucho de ella. Mi sueño es comprarles una casa. Quiero estudiar Administración de Empresas. Yo voy a estudiar mucho para que en el futuro esté bien económicamente, pueda ayudarles en todo y no pasemos necesidades.

YULY TATIANA DONOSO MARTÍNEZ

Nací en El Guamo, Tolima, pero a los ocho años me fui, junto con mi madre, a Bogotá para buscar mejores oportunidades. Al llegar a la ciudad mi mamá comenzó a trabajar de interna en una casa, cuidando niños. A mi hermano y a mí nos tocó vivir solos durante dos años, hasta que un día enfermé y fui hospitalizada. El diagnóstico fue claro: peritonitis aguda. Después de la cirugía, noté que había quedado marcada con una pequeña cicatriz en mi barriga. Ese detalle me hizo sentir incomoda por años, pues no podía llevar vestidos de baño de dos piezas o blusas cortas.

Después vino el embarazo. Yo tenía 15 años y no tenía a nadie cerca que me diera consejos o me acompañara. De todas maneras, seguí estudiando. Tuve a mi hija, Mariana, y comencé a trabajar en las noches mientras alternamente asistía al colegio. De ese tiempo, recuerdo las estrías que me salieron en el abdomen. Esas huellas prematuras sobre mi piel nunca me gustaron. Había en ellas un recordatorio de las cosas que había hecho mal en la vida. Aunque ahora también me recuerdan un poco a mi hija, su llegada temprana, todo el amor y todo lo bueno que trajo consigo.

Cuando llegué a los 18 años pude graduarme de bachiller y, un año más tarde, quedé nuevamente en embarazo. Esperaba otra niña a la cual llamaría Violeta. Yo ya no era la misma de antes y pude afrontar ese nuevo reto con nuevas herramientas, con otras fuerzas y, claro, junto a otras personas. Pienso ahora en mis hijas, en mi madre, en la manera en cómo fui atravesando cada dificultad y cómo me fui haciendo valiente.

A los 24 años me dediqué al reciclaje, ya que esto me permitía estar más pendiente de mis hijas. Llevo dos años en ello y creo que es una labor muy bonita porque cuidamos, junto con otras mujeres, el medio ambiente. Yo sé que no es una labor fácil, pero hago mi

mejor intento para darle todo lo que puedo a mis hijas y a mí. A veces no me siento bella, ya que trabajo en overol, pero me reconforta saber que puedo demostrarles, a muchos, que no solo los hombres pueden hacer esfuerzo físico y ser un ejemplo para la sociedad.

De cierto modo fui aprendiendo que el trabajo colectivo ayuda a conocer diferentes tipos de materiales y puede recuperar elementos que serán reutilizados y se les sacarán provecho mayor.

ANA MARÍA FAJARDO

Soy Ana María Fajardo. Tengo 33 años, nací en Bogotá y soy recicladora desde hace siete. Llegué a este oficio porque conocí a unas personas que reciclaban y me ayudaron en un momento en el que estaba muy mal económicamente y sin trabajo. Entonces Nubia, mi conocida, me empezó a enseñar y me llevó a trabajar en los shuts de basura y me empezó a enseñar este oficio del reciclaje.

Yo crecí en un barrio del centro de Bogotá, el Eduardo Santos. Mi abuela fue la que me educó porque mis papás me abandonaron en un parque cuando tenía cinco años. Después de un tiempo, ella logró identificarme en uno de esos comerciales de *los niños buscan su hogar* del Bienestar Familiar y fue hasta allá y logró que le dieran mi custodia y la de mi hermano.

A nosotros nos abandonaron muy pequeños porque mi papá y mi mamá tenían problemas de drogas. Teníamos una hermana pequeña que dieron en adopción, no sabemos exactamente a quién. Mi hermano y yo crecimos con mi abuela. Mi hermano fue un poco complicado, difícil de manejar y, en su adolescencia, tuvimos muchos inconvenientes con él.

Por parte de mi mamá tengo más hermanos, en total somos cinco. Mi hermana Luisa Fernanda estuvo enferma durante dos años y murió cuando tenía 30 años por cáncer en el estómago. Ella dejó un niño que en ese entonces tenía ocho años. Él ahora vive en Canadá y ya tiene 18 años.

Tuve una niñez tranquila. Fue difícil no tener a mis papás, pero mi abuela intentó darnos lo mejor y lo que más pudo. Recuerdo que dormíamos todos en una misma habitación

porque ella tenía que arrendar las otras habitaciones de la casa para podernos sostener y, bueno, con el tiempo, ya en la etapa de colegio y eso, quedé embarazada. Fui mamá muy joven, a los 16 años. Tengo dos hijos: Sebastián Guzmán de 16 años e Isabella Guzmán de 9.

Llegué al reciclaje porque, cinco años después de la muerte de mi hermana mayor, falleció mi abuela. En ese momento me encontraba en una etapa muy difícil porque, además, el papá de mis hijos se quedó sin trabajo y yo tampoco tenía trabajo. Justo ahí quedé embarazada nuevamente, de mi segunda hija. Fue un embarazo muy complicado.

En ese entonces, el papá de los niños tenía una camioneta para hacer acarreos y lo espolaminaron y se la robaron. Nos fuimos a vivir a una habitación y allí conocimos el reciclaje. Desde entonces comencé a trabajar como recicladora en los shuts y aprendí a diferenciar y a manejar los materiales porque desconocía completamente el tema. Así inició mi proceso, mi oficio como recicladora.

El reciclaje me ha permitido aprender mucho sobre los diferentes materiales, pero es una labor muy dura porque es estar todo el tiempo entre la basura. La gente no tiene conciencia de que uno como reciclador debe meter la mano en los residuos, romper las bolsas, sacar los desechos e identificar el material que sirve. Las personas no saben reciclar ni tienen formación para la correcta separación de basuras y esto nos complica mucho el trabajo.

A raíz de esto, algunas veces se daña el material que sirve. Lo más difícil de este oficio es estar entre malos olores. Esto ha sido lo que más me ha costado de este trabajo y eso que, al principio, me tocó trabajar en shuts de oficinas que no son tan difíciles.

En este trabajo uno empieza a ver a muchos chicos jóvenes, de la edad de mis hijos, que llegan a las bodegas con el material que reciclan, que no estudiaron y que están en las drogas. La mayoría de ellos tienen una vida demasiado difícil y complicada, entonces aprende uno a agradecerle a Dios porque mis hijos están bien y porque podemos tener una vida medianamente sostenible.

Con la Asociación he aprendido diversas cosas. A veces voy a los shuts de conjuntos de apartamentos, otras veces voy a la bodega. Durante un tiempo estuve en el proceso de molido del Ped y el Tatuco. De esta manera he aprendido más sobre los materiales y,

sobre todo, a ser agradecida con la vida, porque uno todos los días conoce historias muy duras. Yo pensaba que a mí me había tocado duro, pero hay vidas mucho más fuertes que la de uno.

Cuando terminé el bachillerato alcancé a hacer dos semestres de Contaduría en la Universidad. Esto me aportó conocimiento en sistemas y en otras áreas y esto me dio la oportunidad de incorporarme a Asoactiva, en la parte administrativa y de las oficinas. Mi trabajo se enfoca en ayudarles con el kilaje, las planillas y todo lo relacionado con la parte de oficinas. Esto me ha permitido ver el proceso desde otra perspectiva. Por parte de la Asociación hemos tenido un respaldo y apoyo muy grande para que todo el tiempo tengamos trabajo y consigamos el sustento diario.

En ocasiones llevo a mi hijo a trabajar conmigo, le muestro como es el trabajo y trata con las personas. Esto le ha cambiado la perspectiva de la vida, porque no es que todo me lo den en la casa, sino que las cosas no se adquieren fácil. Es importante que tenga muchos ejemplos a su alrededor de lo que pueden ocasionar las drogas, el no estudiar, el no leer, el no capacitarse en la vida. Él terminó el año pasado el bachillerato y la niña está en tercero de primaria. Son un apoyo enorme y mi motivación.

Mi sueño es ver a mis hijos profesionales, haciendo lo que les gusta. También siempre he anhelado tener una tierra en el Llano.

Ser mujer es un reto en una sociedad machista, pero ser mujer recicladora es todavía más difícil

Yo viví con el papá de mis hijos durante ocho años, pero me cansé porque era un hombre que tomaba mucho, se desaparecía por varios días y me obligaba a estar con él. Después de un tiempo pude comprender que esto no estaba bien, porque antes no dimensionaba las cosas así. Entendí que cuando él llegaba tomado prácticamente me obligaba a estar con él y no le importaba que yo no quisiera. Nos separamos por dos años y luego logra-

mos organizar las cosas, comenzamos a asistir a una iglesia cristiana, nos casamos por lo civil y nació Isabella. Sin embargo, nos decidimos separar porque actualmente él vive en España.

Ser mujer y ser recicladora es muy difícil. Lo ven a uno incapaz y lo ven a uno débil. Muchas veces dicen: “¡Ay, cuidado, la niña!” “¡Cuidado con las uñas!”, pero luego, cuando ya se dan cuenta de que uno sí es capaz de hacer su trabajo bien y que uno es fuerte, lo tratan como si uno fuese un hombre. Dicen cosas como: “Esa se echa la lona, esa se echa el bulto, esa china es berraca”. Entonces le ven a uno la fuerza y lo ven como a un niño. Es un contexto que tiene machismo porque si eres débil, eres mujer, y si eres fuerte, entonces te tratan como a un hombre. No puedes ser una mujer fuerte. Si eres fuerte te asocian con un hombre.

Uno como mujer se vuelve ruda en el reciclaje. En este entorno no se puede ser tan “princesita” porque se la montan. Los hombres son guaches normalmente y el hecho de ser mujer lo hace un poco más complicado. Hay que sumar a esto que estamos en la capital, que es una ciudad tan grande, y si no se muestra fortaleza o si no se muestra fuerza es difícil salir invicto. Es pesado jalar un zorro, pero uno se vuelve muy fuerte y uno no se deja opacar por ser mujer.

Otro reto que enfrentamos es que se piensa que el reciclador es vicioso o ladrón y, por lo general, nos miran con desprecio. Sin embargo, no todos los recicladores consumimos drogas, ni todos vivimos en la calle, y muchos estamos allí por la conciencia de cuidar el planeta. Por el conocimiento del tema y el querer capacitar a otros para que hagan este trabajo. Es importante generar consciencia sobre el correcto manejo de los residuos.

Nos falta mucha cultura y consciencia para reciclar y separar residuos. Esto haría que nuestro trabajo fuera menos complicado y nos verían de otra forma.

YASMÍN LORENA PINEDA

Siempre fui una niña muy dedicada a la casa. Esto me permitió saber desde muy temprano que tenía unos padres maravillosos. Iba al parque, jugaba con mi hermano y hablaba con mi mamá. Toda mi infancia transcurrió en Garzón, Huila, y todo lo que podía ir bien por ese entonces, simplemente iba bien. Sin embargo, cuando cumplí siete años, mi vida cambió. Mi padre estuvo varios meses en la cárcel y, de pronto, todo fue muy duro. Pasamos hambre y mi madre comenzó a trabajar incansablemente para darnos lo necesario a mí y a mi hermano. Fue una época muy complicada, pero a cada dificultad siempre supimos sobreponernos. En pocas palabras, tuvimos que hacernos fuertes para seguir adelante.

Recuerdo que no pude seguir estudiando por falta de dinero, así que a los 18 años me fui de mi tierra natal a Bogotá a conseguir trabajo. Esto fue una experiencia muy difícil, porque llegué a trabajar donde mi tía y su esposo y, estando ahí, me tenía que levantar a las cuatro de la mañana a limpiar su carro y preparar la comida. Cada día era una prueba y cada día yo la aprobaba. Tenía que seguir adelante, cerrar los ojos y no detenerme. Poco después, conseguí trabajo limpiando oficinas. Esto me permitió recibir por primera vez en mi vida un sueldo constante, pero mi vida volvió a cambiar a los 22 años, porque quedé embarazada. Tuve que regresar al Huila a buscar a mis padres para volver a encontrar en ellos el apoyo que siempre me habían dado.

Pocos años después conocí a alguien. Yo había vuelto a Bogotá a probar suerte y, en eso, habíamos tomado la decisión irnos a vivir juntos, pero a los dos años de convivencia, ese hombre me pegó por primera vez. Pasó mucho tiempo y yo trataba de ver las cosas de

otro modo, mirar a otro lado. Luego quedé embarazada de él. Los maltratos seguían y un día él llegó borracho y me rompió la nariz. Recuerdo que me cogieron 13 puntos internos y 17 externos. La cicatriz que me quedó de todo eso se conserva aún en mi cuerpo y mi memoria.

Pasó un año muy largo en el que conocí amigas increíbles que me invitaron a trabajar con ellas en el reciclaje. Yo al principio pensé que era trabajar con basura y me dije a mi misma: “Me voy a untar de desechos”. Pero Dios me dijo: “¡Dale, Yasmin! Eres una mujer guerrera y echada para delante” y acepté. Al día de hoy pienso que ha sido una de las mejores experiencias de mi vida, porque aprendí a convivir con otras personas, a conocer distintas cosas.

Se puede decir que el reciclaje cambió mi vida porque, por un lado, comencé a valorar y aprovechar el tiempo en mi casa, con mis hijos. Por otro, porque me dio la oportunidad de ser una persona independiente. En estos momentos lo que más me agrada del reciclaje es que me ha fortalecido como líder y como persona y eso significa mucho para mí, porque en este trabajo una tiene que apropiarse de lo que dice y hace. Enorgullecerse de la labor silenciosa, pero fundamental, que llevamos a cabo por el medio ambiente y la ciudad.

Pienso ahora, que si la gente supiera todo lo que sucede con lo que desecha, todo lo que involucra este proceso y el afecto con el que las cosas se transforman, colaborarían de muchos modos. Por ejemplo, con la separación en la fuente, que para nosotras es tan dificultoso pero que podría comenzar desde casa.

Soy feliz de ser una mujer recicladora y de haber sobrevivido a mi propia historia.

¡RECICLAJE SIN
RECICLADORAS ES
BASURA!

